

nado para completar en la tierra las glorias de que Maria está enriquecida en los cielos; para colocar en su diadema la flor inmarcitable de su pureza original; para immortalizarse á sí mismo, en recompensa de sus penalidades y sacrificios, y para derramar en los corazones de todos la esperanza de salvacion y de triunfo en Maria Santísima, esperanza que no ha faltado nunca y que no se ha defraudado jamás. ¿Qué deduciremos de aquí? Déjolo á vuestra consideracion, y recopilemos: la idea que nosotros hemos formado de la Virgen con sus bellezas, el sentimiento religioso con la meditacion de los misterios de nuestra fe, la historia con los sucesos innegables, y el sentido comun con su piadoso criterio, con su halagüeño discurrir, con su cariño hácia la Señora, nos obliga á creer y á esperar que *la fe en el misterio de la Inmaculada Concepcion de Maria Santísima es y será la victoria que venza al mundo y salve al afligido género humano. Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

No perdamos, sin embargo, de vista las palabras del Apóstol: *Fides sine operibus, mortua est;* no nos durmamos sobre los laureles de los favores divinos, olvidando nuestros pecados, nuestras miserias, nuestras necesidades y la reforma de nuestras costumbres: de una vez sigamos á Maria, procuremos imitarla, formemos nuestras almas en el modelo de sus virtudes en este valle de lágrimas, para que algun dia merezcamos cantar sus alabanzas y sus triunfos en las mansiones de la gloria. Así sea.



DISCURSO XXIV.

Sobre la Natividad de Maria Santísima.

*Misericordia et veritas obviaverunt sibi;
justitia et pax osculatae sunt.*

(David, LXXXIV, 11.)

¿QUÉ significa, cristianos, esa majestuosa como festiva pompa que se despliega en la celestial Jerusalem? ¿Qué quieren decir esos himnos de alabanza y esos cánticos de bendicion y de gloria que entonan en las alturas los espíritus celestiales? ¿Qué recuerdo entrañable y cariñoso agita hoy el corazón de los que peregrinamos sobre la tierra, y, llenos de santo regocijo, los arranca del hogar doméstico, los conduce al templo del Señor y los hace exhalar ante sus aras suspiros de amor y reconocimiento?

¡Ah señores! La Iglesia nuestra Madre, Esposa del Cordero Inmaculado, el Cristianismo todo y el mundo entero recuerdan con legítimo alborozo el nacimiento de una Niña en quien los cielos y la tierra admiran un prodigio de la naturaleza y una maravilla de la gracia. Recuerdan que hace veinte siglos y tal dia como hoy, principiaron á realizarse las esperanzas del mundo, á confirmarse los vaticinios en que las generaciones tenian fijos sus ojos, y á ser una realidad y un hecho lo que el Espíritu Santo habia anunciado mucho tiempo ántes por las simbólicas y misteriosas palabras del Real Profeta David: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt.* La misericordia y la verdad salieron á encontrarse, y la justicia y la paz se unieron en fraternal abrazo.

Ya no me extraña que los antiguos pueblos celebren con entusiasmo frenesí acontecimientos cuya gloria hará desaparecer dentro de poco una lamentable ignominia. No me sorprende que las naciones más florecientes aplaudan con arpas de oro sus héroes, aquellos héroes cuya memoria se hundirá en los abismos del olvido al empuje de la mano descarnada del tiempo. Nada me importan los aniversarios que Roma consagraba á sus conquistadores, Persia á sus riquezas y Grecia á su sabiduría. Ni Grecia, ni Persia, ni Roma, ni ninguna nacion del mundo de las que han existido, hoy existen y puedan existir hasta la consumacion de los siglos, puede consagrar un recuerdo más puro, más consolador, más obligatorio que el que el pueblo escogido de Jesucristo consagra á la Natividad de Maria Santísima.

Sí, hermanos míos; hoy la Iglesia con todos sus hijos celebra el nacimiento de la Virgen, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Judá y de la familia de David. *Nativitas est hodiè Sanctae Mariae Virginis*. Hoy celebra la Iglesia el nacimiento de aquella criatura poseida y preordinada por Dios desde la eternidad, y ántes que la tierra fuera hecha: ántes que existieran los abismos y que brotaran las fuentes de las aguas. De aquella criatura que, naciendo, habia de unir la eternidad con el tiempo, los cielos con la tierra: y la miserable desvalida naturaleza humana con la gloriosísima, bienaventurada, inmortal y adorable naturaleza divina.

Ya no es de admirar que el Profeta coronado, previendo tal vez en su inteligencia y presintiendo en su corazón este suspirado misterio, nos le dejase ver en sus salmos por los efectos que habia de producir. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt*. En el nacimiento de Maria Santísima desaparecieron los cenagales del mal, y aparecieron los manantiales del bien.

Pero ha llegado, católicos, para vosotros y para mí, el momento de que yo concrete á un solo pensamiento, á una sola proposición, cuanto de la Natividad de Maria Santísima me proponga decir en el presente discurso. Y esta proposición no es otra que la que se contiene en las mismas palabras que me sirven de texto. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi*. Es decir, que en el nacimiento de Maria Santísima la misericordia y la verdad salieron al encuentro, y la justicia y la paz se dieron el ósculo de la reconciliación.

Ave Maria.

Desde el pecado de Adán, la existencia de sus descendientes no fué otra cosa que un quejido del corazón, un doloroso suspiro, modificado no pocas veces y siempre sostenido por una sola esperanza, por una promesa que por haber salido de la Verdad absoluta é inmutable debia infaliblemente cumplirse, y se cumplió. Al sacar el Criador el mundo de la nada, estaba la tierra inerte y vacía, según el sagrado texto: *Inanis et vacua*. La naturaleza no existia, y los seres no respiraban, y el hombre, que habia de ser el gran soberano de la creación, no habia sido todavía formado.

Y al concebir el Altísimo en su mente la creación de este verdadero paraíso, al decretar la formación, la creación y la unión del cuerpo y del alma de ese cielo nuevo, de esa tierra nueva que se llama *Maria*, la tierra estaba también inerte, porque á una inercia, remedo de la muerte, la habia conducido la relajación de las costumbres; y estaba vacía, porque desterradas y perseguidas por vicios abominables y violentos, las virtudes habian huido y refugiándose en el santuario de la gloria.

La naturaleza humana existia, pero enferma de la lepra, cancerosa é incurable del pecado; la muerte que por el pecado habia entrado en el mundo y subyugado las generaciones, extendia y perpetuaba sus estragos hacia más de cuarenta siglos, repitiéndose sin interrupción aquella terrible sentencia que resonó en el paraíso: *Morte morieris*. «Sin remedio morirás.» Y el hombre vuelto, por el paganismo, por la corrupción y por la idolatría, de espaldas á su Dios, aguardaba llorando, y aguardaba con indestructible seguridad, el momento suspirado de que la verdad y la misericordia se encontraran, y la paz y la justicia se dieran el ósculo de reconciliación. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt*.

El momento era llegado, y el acontecimiento delineado desde el principio en el gran libro de los consejos del Eterno, tenia lugar en medio de los aplausos de los ángeles, de las bendiciones de los hombres, de los aullidos y blasfemias de los demonios, y con el beneplácito divino del mismo Dios.

¡Sea en hora buena, católicos! *Nativitas est hodiè Sanctae Mariae Virginis*; hoy celebramos el nacimiento de Maria, incorporación de la verdad con la misericordia, y abrazo de la paz con la justicia *Corde et animo Christo canamus gloriam, in hac*

sacra solemnitate genitricis Dei Mariæ. Cantemos gloria al Señor con el espíritu y con el corazón, en el natalicio felicísimo de la que habia de ser Madre de Dios. Pero no anticipemos ideas.

Nunca parece más hermosa la luz que cuando se destacan sus fulgores sobre un fondo de tinieblas: nunca brilla más admirable el sol que al levantarse del abismo de la oscuridad de la noche; jamás sonríe más apacible y agradable al viajero perdido ó al navegante náufrago la aparición de una estrella, que en el laberinto de los caminos ó en el fragoso estruendo de las olas, ni en ocasión alguna puede ser mejor recibida la salud que en la crisis alarmante de una dolorosa enfermedad. Y todo esto, me preguntaréis vosotros, ¿qué tiene que ver con el nacimiento de la Virgen? ¿Quién es esa que nace, para que así hayan de palpitar nuestros pechos de agradecimiento y de regocijo? Escuchadme.

Tres veces casi seguidas se hace el Espíritu Santo á sí mismo la misma pregunta que vosotros acabais de dirigirme. *¿Quæ est ista?* y en la misma pregunta se dá ya la respuesta.

¿Quæ est ista? ¿Quién es esta? Es una Niña que asciende de los desiertos de la nada, aromática como el vaporcito de la mirra y del incienso, y de toda esencia que se quema en el perfumero. Es decir, nace una niña, el aroma de cuya santidad viene á restaurar la casi arruinada naturaleza y á vivificar el espíritu de las criaturas; una niña en quien reside el Espíritu Santo, espíritu de sabiduría, el espíritu inmaculado; creación magnífica, más que angelical y muy poco ménos que divina; creación benéfica que contiene toda virtud y que arrebató en pos de sí todas las almas. (1)

¿Quæ est ista? ¿Quién es esta? Es una Niña que aparece entre nosotros, elevándose como la aurora, es decir, desterrando las tinieblas de la culpa y preconizando el suspirado día de la gracia: hermosa como la luna; desterrando las congojas y restaurando la tranquilidad en el alma; escogida como el sol y terrible como escuadrón bien ordenado; purísima luz que habia tomado su luz inmaculada del mismo Sol de justicia, y campamento real, en que ejércitos innumerables de virtudes derrotarán las huestes infernales de los vicios que tenían aherrojados á los hombres. (2)

¿Quæ est ista? vuelve á preguntar, y concluye de preguntarse el Espíritu Santo: ¿quién es esta? Y el empuje y el abismo, y el

(1) Cant. Cant., cap. III, v. 6.

(2) Ibid. ibid., cap. VI, v. 6.

firmamento y los mares, y la nubes y la tierra, y las plantas y las flores, y las estaciones y los frutos, y todo, inclinando la rodilla ante la que acaba de nacer, parece que le contestan: «Esa que aparece en nuestro destierro, rebosando delicias, es una Niña que descansa en el seno de su Amado: es un vapor de la virtud de Dios y un destello de la claridad del Omnipotente; purísima, porque en Ella no hay una mancha; suavísima, porque es el candor de la luz eterna; y santísima, porque es el espejo sin imperfección de la majestad de Dios y perfectísima imagen de su bondad. (1)»

¿Lo habeis oido? El Espíritu divino, el mismo Dios, ha retratado á Maria; y tanta perfección, y tanto privilegio, y bienaventuranza tanta confirman hasta la evidencia que el nacimiento de la Virgen es el poderoso iman que atrae, es el lazo que estrecha para siempre la misericordia y la verdad, la paz y la justicia. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt.*

La verdad es que en el mundo no reinaba otra cosa que el pecado con todas sus lamentables consecuencias; la verdad es que el mundo no era otra cosa que la morada de permanentes desventuras. La primera lágrima de dolor que Adán y Eva vertieron á su salida del Paraíso, habia sido el manantial de los infinitos torrentes de llanto que derramaron, derraman y derramarán sus descendientes. El infortunio llegaba á su colmo y embargaba el sentimiento del hombre, sumergiéndole en un abatimiento semejante al que reina en las regiones de la muerte. La verdad es que, acercándose el día de la satisfacción reclamada por la Justicia divina, venia también ya dejándose ver el astro precursor de la misericordia: verdad eran nuestras culpas; pero era verdad á no dudarle la infinita misericordia de Dios.

En el Paraíso se cometió la primera culpa, y en el Paraíso se escuchó también la primera promesa: una mujer nos hizo desdichados, y otra mujer nos habia de hacer felices: una mujer nos abrió las puertas del infierno, y otra mujer nos abrirá las puertas de la gloria. Esta es la verdad consignada en los anales de la Religión y en los anales del mundo; esta es la verdad preconizada en promesas, en figuras y profecías, y transmitida de mano en mano desde los Patriarcas á los Profetas, desde los jueces á los sacerdotes, desde los sacerdotes á los Reyes, hasta venir á tener su cumplimiento ante la humilde cuna de Maria.

(1) Cant. Cant., cap. VIII, v. 5.

Dios, que es infinitamente justo, es tambien infinitamente misericordioso; y aunque hablando de atributos que no tienen término no podríamos decir con propiedad que es mucho mayor su misericordia que su justicia, podemos, sin dudar, asegurar que siempre, en medio de los rigores de su justicia, han resplandecido de una manera admirable los afectos de su misericordia; pero nunca como en el nacimiento de Maria. Maria, naciendo, es ya la personificación de la misericordia divina; nace ya tesorera y depositaria y dispensadora de este atributo del Sér Supremo. Es la plenipotenciaria del Padre Eterno, y como el pergamino incorruptible donde con su misma sangre, tomada por el Hombre-Dios, ha de escribirse el solemnisimo pacto, el suspirado convenio, la capitulacion inviolable de la criatura con el Criador.

Maria Santísima, recién nacida, principia á distribuir ya desde su nacimiento, y á nombre del Eterno Padre, la misericordia de Dios hasta la venida de Jesucristo; así como desde la Ascension del Salvador á los cielos ha de continuar dispensándola hasta la consumacion de los siglos. Y la dispensa... con derecho propio. Ni os parezca aventurada la expresion, porque, en sentir de un escritor muy amante de la Virgen, el Omnipotente, reservándose para sí el cetro de la justicia, entregó á Maria Santísima, sin condiciones, el cetro de su misericordia.

Ved aquí en cuán sólidos fundamentos me apoyaba yo para decir que en el nacimiento de Maria Santísima salieron á encontrarse la desgarradora verdad de nuestras miserias y de nuestros infortunios, con la divina misericordia. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi.*

Pero á lo ya manifestado hay que añadir, para el completo desarrollo de la idea capital de mi discurso, que en el nacimiento de la Virgen no solamente se encontraron la verdad con la misericordia, sino que al mismo tiempo la justicia y la paz dieron el ósculo de reconciliacion. *Justitia et pax osculatae sunt.*

La justicia de Dios ha de descargar sus golpes, no sobre todos los hombres en general, ni sobre cada hombre en particular; porque, aún cuando volviesen á la vida todos los finados que existieron desde el principio del mundo, y aún cuando milagrosamente se presentaran cuantos han de existir hasta el fin de los tiempos, y reuniéndose á las naciones y á los pueblos que vivian al nacer Maria Santísima, aceptasen todas las tribulaciones imaginables sobre la tierra, todos los suplicios de los mártires, todas las mortificaciones de los penitentes, los tormentos todos del purgatorio y del infierno, nada serian á los ojos de Dios, incapaces serian de

satisfacer á su justicia, infinitamente ofendida por el pecado del primer hombre. La accion de la justicia omnipotente habia de ejercerse sobre una víctima adecuada y conforme á las condiciones de la ofensa y del ofendido, para que pudiese obtener el perdon. Sólo Dios podia darse satisfaccion á sí mismo; pero Dios en la más grande de las manifestaciones de su amor, que es su propio Hijo. *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Pero el Hijo es Dios, y siendo por naturaleza divina impassible, preciso era que el Verbo del Padre adoptase la naturaleza humana, tomase la forma de siervo, *semetipsum exinanivit, formam servi accipiens,* y apareciese entre nosotros hecho hombre. *Et habitu inventus ut homo.* Tal es la sublime economia de la Encarnacion del Hijo de Dios, principio adorable de la redencion del linaje humano.

Pero esta Encarnacion, esta union hipostática de la Divinidad con la humanidad, se habia de realizar en el seno de una mujer, de una simple criatura humana; y habia de realizarse mediante una serie asombrosa de milagros, de los cuales cada uno constituye un artículo de nuestra fe.

Jesucristo, tomando nuestra carne, representa la justicia de Dios; diré con más propiedad, la justicia de Dios se representa en Jesucristo nacido, abandonado, perseguido, desterrado y escondido; se manifiesta en los horribles dolores y padecimientos y muerte que ha de sufrir, y que ya dejó escritos el Profeta coronado. (Salm. XXI.) Maria Santísima, destinada para Madre del Divino Verbo, para telar, como dice un orador cristiano, donde ha de labrarse la tela que cubra la vergonzosa desnudez en que nos dejó el pecado del primer hombre (1), es la Paloma de Noé, es el ramo de oliva, es el arco iris del diluvio, es la Estrella de la mañana, es el símbolo más expresivo, de la verdadera paz, es la paz misma; pero la paz de los cielos bajada á la tierra con la Virgen, y recibiendo con Ella, en su natalicio, vida, respiracion y movimiento.

Si el Salvador es la justicia, su Madre es la paz: por eso este divino Isaac toma su carne y su sangre en las entrañas de Maria. Por eso Maria le dá á luz sin dolor, estática, llena de gracia y sin detrimento de su purísima virginidad: Ella le recibe en sus brazos desde los brazos del Eterno Padre. Le tiene en su regazo, y le comunica con el néctar de su corazon la vida de la naturaleza, en retribucion de haber hecho Jesus á Maria Madre de la divina

(1) Autor desconocido.

gracia. Por eso Maria Santísima abraza en Jesucristo á la divinidad, como Jesucristo habia abrazado en Maria á la humanidad desvalida; é imprime en su mejilla el beso de Madre, el beso de Hija, el beso de Esposa, ósculo santísimo de paz, que, impreso por los lábios de Maria en el rostro adorable de Jesus, viene á confirmarnos completamente en la consoladora creencia de que en el nacimiento de la Virgen Santísima, que hoy celebramos, salieron al encuentro la verdad y la misericordia, y la paz y la justicia se dieron el ósculo de reconciliacion. *Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatæ sunt.*

Ya no es de extrañar, cristianos, que el universo se estremezca de regocijo cuando contemple á la augusta recién nacida, tan rica de perfecciones y de privilegios en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia. Descendiente por ambas líneas de Patriarcas y de Profetas, de sacerdotes y de Reyes, al rayar el oriente de su vida su espíritu es animado por la fe de los primeros, por el celo de los segundos, por la pureza de los terceros y por el valor indomable de los últimos. Siendo para Dios la creacion de Maria Santísima el *negocio de todos los siglos*, en delicada expresion de San Bernardo, «Dios, dice el gran Bossuet, hace ya aparecer en la Natividad de Maria un Jesucristo bosquejado, un Jesucristo comenzado por la expresion viva y natural de sus perfecciones infinitas.» «Por eso, escribe un Doctor de la Iglesia hablando de la hermosísima belleza natural de la Virgen en su nacimiento; por eso desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza, nada debió encontrarse en Maria que fuera menos digno, que fuera defectuoso ni chocante: todo debió ser hecho al torno de la divina Sabiduria, admirablemente exento de toda superfluidad, y trabajado con perfeccion y primor exquisito.» «Por eso, dice S. Ambrosio, nada habia de altivez en sus miradas, nada de indiscreto en sus palabras, de duro en el semblante, de inmodesto en los pasos, de precipitado en la voz, sinó que todo el aspecto de su cuerpo era como el simulacro de su alma y como la figura de su santidad.»

«Por eso sus palabras, su andar, sus gestos, sus movimientos, sus facciones, templadas, por decirlo así, al tono de su alma, como las cuerdas de una lira templada por el Espíritu Santo, debian expresar, y expresaron en su nacimiento, las melodiosas armonias de sus virtudes, de su modestia, de su virginidad, de su humildad, de su mansedumbre, de su paciencia, de su discrecion, de su fe, de su caridad, de su dignidad, y, finalmente, de su incomparable union con Dios, la más íntima despues de la del Hombre-Dios.» Así se expresa Augusto Nicolás.

Los historiadores y los poetas, y los filósofos y los oradores, jamás concluyen de ponderar las gracias naturales de Maria Santísima. San Dionisio Areopagita, que cruzó innumerables leguas por ver á la Señora, confiesa, con una franqueza encantadora, «que á no saber que era una humana criatura, la hubiera adorado como á Dios.» Esto en cuanto á las perfecciones naturales.

En cuanto á las virtudes y á los dones, en cuanto á los carismas espirituales, dice un autor desconocido «que el corazon de Maria era ya en su nacimiento el trono de toda santidad; porque, desde el momento en que recibió el sér, ni la culpa original ni el pecado personal tuvieron entrada en su alma.» San Pedro Damiano dice que «el alma de Maria Santísima fué el alma más hermosa que Dios crió ántes de criar el alma de Jesucristo; que fué la obra más excelente que salió de las manos del Altísimo.» Y el Abad Gerson, para hacer comprender y resaltar la reunion de gracias y bellezas espirituales que rodearon á Maria en su nacimiento, anima á todas las virtudes, haciéndolas venir á porfia á colmar de sus dones á esta Virgen predestinada, Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo.

«La pureza, dice, se adelanta en persona para extender con sus manos la materia que ha de formar su cuerpo: la *Providencia* para organizarlo, la *Gracia* para animarlo. Y despues cada parte es reivindicada para cada virtud. La *caridad* forma su corazon; la *prudencia* se aplica á disponer su cerebro; el *pudor* circunda su frente; la *afabilidad* derrama la dulzura en sus lábios; la *decencia* hace de sus mejillas el lugar predilecto; la *modestia* y la *virginidad* difunden en todo su cuerpo la gracia y embeleso; todas las virtudes concurren, finalmente, á formar esta Virgen insigne, y ellas mismas, pasmadas de su obra, apenas pueden reconocerla en esa perfeccion, producida por un concierto tan unánime, que lo que todas han hecho aventaja infinitamente á cada una de ellas.»

¡Bendito sea, pues, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion, que en el nacimiento de Maria Santísima consoló al mundo de todas sus tribulaciones pasadas, presentes y venideras! No nos admire ya si un venerable contemplativo escribe que la Beatísima Trinidad, viendo á Maria Santísima nacida, se tributó la más cumplida enherabuena. El Padre por haberse creado tal Hija, el Hijo por haberse destinado tal Madre, y el Espíritu Santo por haberse escogido tal Esposa (1). Y ¡bienaventurados

(1) Venerable Puente: *Medit. de la Nat. de Maria.*

nosotros, excluiré yo con el Sabio; bienaventurados nosotros que contemplamos y celebramos el nacimiento de Maria Santísima, y que nos honramos con su amistad! *Beati qui teviderunt, et in amicitia tua decorati sunt* (1).

Celebremos el nacimiento de Maria Santísima, porque nació «nuestra fiadora con Dios,» como la llama San Agustin; «nuestra medianera con el Soberano mediador,» en expresion de San Bernardo; «el remedio de todos nuestros males,» como la clasifica San Buenaventura; «nuestra paz, nuestra alegría, nuestro consuelo,» como la define San Efren; «nuestra Reina y nuestra abogada, nuestra corona y nuestra vida, nuestra Madre, nuestra co-redentora y nuestra esperanza,» como la llama la Iglesia. Cantemos al Señor, nuestro Dios, porque en el nacimiento de la Virgen Santísima nos ha engrandecido gloriosamente; porque en él vinieron á encontrarse la verdad de nuestras miserias con la verdad de su infinita misericordia: *Misericordia et veritas obviaverunt sibi;* y porque la paz por que el mundo suspiraba y la justicia que al Eterno satisfaria, se dieron en la niña recién nacida el ósculo de reconciliacion. *Justitia et pax osculatæ sunt.*

Celebrémos el nacimiento de Maria con un gozo verdaderamente santo y espiritual: con una modesta alegría producida en nosotros por la virtud con que procuremos imitar á la Santísima Virgen. Virtud que, creciendo de dia en dia, aumente en nosotros la gracia que nos lleve despues á la eterna gloria. Amen.



(1) Eccl., XLVIII, 11.

DISCURSO XXV.

Misterio de la Presentacion de Maria Santísima.

Faciât Dominus hanc mulierem quæ ingreditur domum tuam.... ut sit exemplum virtutis.

Haga el Señor que esta mujer que entra en tu casa... sea el modelo de la virtud.

(Ruth, IV, 11.)

NINGUNO de los acontecimientos que forman la historia de la Religion que profesamos, por sencillo que nos parezca, es insignificante; ántes por el contrario, van todos marcados con el sello de un particular interés y utilidad que revelan la grandeza de los fines que se propuso su augusto Fundador. Pero cuando se trata de ese sér privilegiado que constituye, despues de Dios, la mayor grandeza imaginable de los cielos, y en la tierra el más hermoso ornamento del Cristianismo; de ese sér en quien están como vinculados el amor de todas las almas y las esperanzas positivas de todos los pueblos, entónces todo es grandioso, todo es sublime, todo es edificante.

Hoy la Iglesia venera, y con ella nosotros, el tercero de los misterios de la vida de una criatura vaticinada, enaltecida y aguardada con impaciencia indecible por espacio de cuarenta siglos, cuyas alabanzas se vienen cantando desde la caída de nuestros progenitores, sin que por mucho que de ella se haya dicho haya sido suficiente, á no ser lo que ha expresado la lengua divina del Espíritu Santo. En la pequeña, pero muy venturosa Na-